

eman ta zabal zazu



Universidad  
del País Vasco

Euskal Herriko  
Unibertsitatea

# **GÉNERO AUTOBIOGRÁFICO E IDENTIDAD HOMOSEXUAL EN *EL AMOR DEL REVÉS* DE LUIS GARCÍA MARTÍN**

---

Por JULEN LÓPEZ PEÑA

**Grado en Filología hispánica**

**Curso académico: 2017-2018**

**Nombre del tutor: Natalia Vara Ferrero**

**Departamento: Filología Hispánica, Románica y Teoría de la Literatura**

## ÍNDICE

1. Resumen.
2. Introducción.
3. Estado de la cuestión: aproximación al género autobiográfico.
4. Frontera del binomio “sexo” y “genero” y teoría de la performatividad de Judith Butler.
5. Análisis de la estructura narrativa propuesto por Gérard Genette a la obra *El amor del revés*.
6. Aproximación a la homosexualidad: identidad y libertad en *El amor del revés*.
7. Conclusiones.
8. Bibliografía citada.
9. Anexo.

## 1. RESUMEN

El presente trabajo analiza el género autobiográfico, la estructura narrativa y la identidad homosexual en la obra *El amor del revés* del escritor madrileño Luis García Martín. Las fuentes principales de investigación han sido la obra publicada por la editorial Anagrama en 2016, el manual de José María Pozuelo Yvancos *De la autobiografía. Teoría y estilos*, el discurso narrativo *Figures III* de Gérard Genette y la obra de la filósofa posestructuralista Judith Butler, *El género en disputa*. Por otro lado, también nos hemos apoyado en un conjunto de artículos que estudian y trazan un recorrido sobre el género autobiográfico. Los más relevantes en la elaboración del trabajo han sido los de Georges Gusdorf y Ángel Loureiro. A partir de la consulta de estos trabajos, se han podido establecer una serie de conclusiones sobre la perspectiva de la autobiografía adoptada por García Martín en su obra y la influencia de la homosexualidad para el desarrollo de la misma. El trabajo está dividido en cuatro apartados que profundizan en un aspecto concreto del propósito general. Una de las conclusiones apunta a la capacidad y a la valentía del autor de contar su verdad, que, a su vez, engloba la verdad de muchos adolescentes. Al madrileño su obra le ha servido como un proceso de construcción del yo que, al mismo tiempo, sirve como respuesta para el otro. De este modo, al mismo tiempo que logra mantener la verosimilitud en pasajes de carácter increíble, en otras ocasiones deja que la admiración predomine a expensas de lo verosímil. Como resultado nos encontramos ante una autobiografía donde los sucesos se cuentan desde la más verdadera bondad y honestidad.

## 2. INTRODUCCIÓN

*El amor del revés*, obra perteneciente al género autobiográfico, es la última novela publicada por el filólogo hispanista Luis García Martín en 2016. Redactada en una época donde la identidad homosexual en España estaba y, aún continúa, construida bajo unos cimientos llenos de miedos, fobia, prejuicios e intolerancia. La historia de García Martín es la de cualquier adolescente, que, a pesar de reconocer que su identidad estaba alejada de los cánones establecidos y asumidos de forma inconsciente por la sociedad, tuvo que luchar por sobrevivir. Al mismo tiempo, la perspectiva que adopta a la hora de elaborar la obra se basa en el carácter ético propuesto por el crítico Loureiro, lo que nos lleva a comprenderla dentro de un contexto en el que un yo se construye a través de una relación de reciprocidad con el otro. Así pues, el objetivo no es mostrar su mejor perfil, sino la voluntad de exponerse. Es en estas circunstancias donde debe situarse la redacción y publicación de la obra.

En relación con lo anterior, no hay que olvidar el carácter experimental que presenta la trayectoria literaria de García Martín. En Anagrama fueron acogidas su obra *La mujer de sombra* que hizo que lo sublime y lo terrorífico entraran en contacto sin crear rechazo en el lector o *La misma ciudad* donde lo psicológico y lo existencialista convivían con el objetivo de modificar la identidad de un hombre. Es decir, siempre guiándose y adentrándose en ese lado tan oscuro y tan característico de la vida. Con su último proyecto, el escritor avanza hacia un terreno que antes no había trabajado con tanta profundidad. Obras como *Los amores confiados* muestran una fusión de lo novelesco y ficticio con lo real, en cambio, en *El amor del revés* se propone contar su historia, su verdad, sin medias tintas.

El siguiente trabajo tiene como objetivo analizar algunos de los aspectos fundamentales de la obra publicada en 2016 por Luis García Martín. En concreto, la intención será estudiar los mecanismos empleados por su autor para ajustarse al principio ético defendido por el crítico Ángel Loureiro, el modelo triádico propuesto por Gérard Genette centrando su análisis sobre todo en el tiempo y voz narrativo, y finalmente, la construcción de una identidad sexual con unas tendencias marcadas que hacían que fuera considerada una aberración. Para llevarlo a cabo, realizaré primero una breve aclaración y recorrido en torno al concepto del género autobiográfico para, a continuar, estudiar su aplicación en la obra *El amor del revés*. Lo característico de esta

reside en la relación que se establece entre la construcción del personaje a través de la lectura y la posición ética respecto al lector. Partiendo de este vínculo, realizaré un estudio en el que queden presentes ambas intervenciones (punto 3). He considerado oportuno dedicar un apartado a los conceptos de “sexo” y “género” para entender la concepción que se tiene sobre aquellas conductas que se alejan del paradigma heteronormativo con el objetivo de poder entender la visión y el pensamiento de nuestro autor (punto 4). A continuación, se realizará un análisis narrativo de la obra siguiendo al teórico literario Gérard Genette dividido en tres apartados: tiempo, modo y voz, con el objetivo de señalar aquellas características que desde el punto de vista de la narratología desempeñan un papel fundamental para comprender el sentido global del texto (punto 5). El trabajo ahondará después en el concepto de “homosexualidad” y sus diferentes fases y el modo en que esto afecta y lleva al filólogo a escribir su novela. El estudio lo cerrará un análisis en el que se ponen en práctica todas las teorías relacionadas con la identidad sexual para comprender la valentía y la necesidad que en un momento el autor sintió para reconocer que la sociedad debía conocer su historia.

### 3. ESTADO DE LA CUESTIÓN: APROXIMACIÓN AL GÉNERO AUTOBIOGRÁFICO

Esbozar un recorrido por los diferentes acercamientos realizados por parte de la crítica a las escrituras en primera persona supone un trabajo arduo y en muchas ocasiones, difícil de delimitar. Es así como el concepto de “autobiografía” debemos entenderlo en un sentido más amplio y no única y exclusivamente como un género literario encasillado. Como indica Pozuelo Yvancos (2006: 26), el género autobiográfico ha suscitado gran interés en los últimos tiempos, lo cual ha conducido a un considerable aumento bibliográfico en lo que a sus estudios respecta. Asimismo, indica que no se trata de un fenómeno que haya llamado la atención solamente a la crítica literaria, sino que diferentes disciplinas, como la historia y la filosofía, han dedicado gran parte de sus investigaciones a realizar un estudio exhaustivo del mismo. De este modo, se señala que la escritura autobiográfica puede explicarse a partir de la necesidad que siente el individuo de reconstruir su vida a través de la reflexión de su trayectoria personal y profesional, de manera que el sujeto del enunciado ha de corresponderse con el sujeto de la enunciación, que emprende una búsqueda trascendente, pero a la vez compartida con el lector (Jesús Camarero, 2011: 26). El galardonado con el Premio Ramón Gómez de la Serna de narrativa, el Antonio Machado y el Vargas Llosa de relatos, y el Premio Llanes de Viajes, Luis García Martín, saca a la luz en 2016 *El amor del revés*, una autobiografía sentimental de un adolescente, que jura guardar silencio eternamente cuando descubre que su cuerpo está supuestamente enfermo por ser homosexual.

La crítica coincide en señalar que el concepto de “género autobiográfico” es bastante reciente. Asimismo, gran parte de su análisis a lo largo de la historia se debía a su posibilidad de ser desligado o no de los géneros de ficción (Pozuelo Yvancos, 2006:17). Así pues, se ha llegado a concluir que el análisis más apropiado de cualquier género debe realizarse desde una perspectiva fronteriza que permita incluir y excluir, a su vez, los géneros vecinos, ya que la literatura siempre juega con los límites de ficción y verdad. Por ende, debe entenderse la ‘autobiografía’ como un género híbrido cuyas fronteras se sitúan entre la historia y la ficción: “La problemática relación que construye la fisura vida/texto emerge en cuestiones puntuales que la autobiografía plantea: el problema de la identidad y su fijación (construcción) es una, la ilusión (proyección)

referencial es la otra” (Scarano, 1997: 1). No podemos olvidar la clásica división realizada por Jesús Camarero (2011: 47) en la que señala dos corrientes críticas, por un lado, autores como Barthes o Paul de Man que afirmaban la ficcionalidad como característica intrínseca de las narraciones en primera persona y los que, como Lejeune, se niegan a vincular el género ficcional con el género autobiográfico. Por ende, la principal discusión viene a cuestionar conceptos como sujeto, representación y referencialidad del texto para poder llegar a conocer la posición del autor en relación con su obra. Aquí intentaremos trazar una pequeña síntesis de las principales teorías establecidas acerca del sujeto autobiográfico para poder entender la postura adoptada por García Martín en su obra *El amor del revés*.

Con James Olney (1991: 40), y su división tripartita atendiendo a los elementos semánticos que componen el término “autobiografía”, hay un intento de comenzar a estudiar la historia de la autobiografía. Atendiendo a la perspectiva adoptada por García Martín en su texto centraremos nuestra atención en las dos primeras etapas de supuesta identidad, entre quien firma el libro, quien narra la historia y quien la protagoniza. El comienzo de los estudios teóricos relacionados con el género autobiográfico suele fecharse hacia finales del siglo XIX, cuando el historiador y sociólogo W. Diltthey destacó el interés que podía suponer el estudio del texto autobiográfico para conocer la realidad histórica, al mismo tiempo que podía explicarse los principios que regían la sociedad mediante una interpretación de la realidad existente. Esto, siguiendo la etapa denominada por Olney como ‘byos’, explica la autobiografía, en la línea del positivismo, como construcción de una vida que permite interpretar, a nivel personal, una historia. Por ende, se incide en la idea de que los sujetos en diferentes momentos históricos ordenan su experiencia de una determinada manera, esto es, somos capaces de entender un momento concreto de nuestra historia a través de las escrituras del yo:

In fact, human knows himself only in history, never through introspection; indeed, we all seek him in history... Human is only given to us at all in terms of his realized possibilities... His life is historically determined and possible only in this way. A human can live only within a historically specific culture. Only within it, he can find his purpose. Thus, a human is defined by the relation between individuality and objective spirit or forms of culture (Liashenko 2017: 165).

Así, a finales del siglo XIX nace una nueva conciencia entre los investigadores, lo que Weintraub denominó ‘conciencia histórica’ que será necesaria y determinante para que pueda florecer la autobiografía como comprensión histórica de la existencia del ser humano con el objetivo de entender el desplazamiento ocurrido entre el texto, el

contexto, el sujeto y el lector (Gusdorf, 1991: 14). Parte del Romanticismo para señalar la conciencia individual que permitió categorizar a la autobiografía como parte de la historia del individuo. De esta manera, el texto autobiográfico supondrá la forma de expresión que con mayor éxito delate el concepto que de sí mismo por entonces presentaba el hombre occidental.

Esta línea de investigación centrada en la expresión de lo individual ha sido abordada posteriormente por autores como Loureiro (2000) que parte de una concepción ética que no había sido considerada por el resto de los teóricos. El filólogo hispanista García Martín en su última obra narra su vida, cuenta la vida de un raro, un monstruo, de un niño que un buen día descubrió que estaba infectado por una terrible “enfermedad”: la homosexualidad (2016: 5). A sus quince años, el madrileño sintió que había dos tipos de amor, uno recto y derecho y otro del revés, justamente el que había descubierto y el que le acabaría cerrando las puertas de la felicidad. Aquí el sujeto, el yo autobiográfico surge de un yo para otro, se propone como respuesta al que escribe y al que lee. De esta manera, no encontramos una autobiografía entendida como una enunciación individual si no un discurso social que tiene como objetivo el manifestar un yo que en el proceso discursivo pueda interactuar con el otro a través de un vínculo que permita aproximarse al sentido de un yo que funciona metonímicamente como un nosotros: todos aquellos que han sufrido la opresión social por una identidad sexual alejada de los cánones heteronormativos. Lo que esperamos en esta obra, como señala Loureiro, no es la reproducción de una verdad, sino producirla mediante el acto de la escritura, creer a quien escribe, creer la verdad de García Martín. Por eso no podemos considerar esta autobiografía como ficción, “en consecuencia, debemos ver la autobiografía como un acto performativo y no como una operación cognoscitiva” (Loureiro, 2000: 141). No obstante, su escritura para el otro no será la única intención que le llevó a escribir esta obra, sino que, a pesar de que su texto serviría para abrir caminos y ayudar a los demás, el libro presenta el principal objetivo de contarse a sí mismo y de dotar de significado un episodio largo de su vida que fue sinuoso y asombroso.

En todas sus páginas se construye una autobiografía de verdad, de descubrimiento. Es decir, cuando un escritor se propone el objetivo de mostrar el pasado de su vida, encontramos dos vertientes, una de ellas centrada en el aspecto epistemológico con el fin de representar una vida y por otro lado un carácter performativo a través del cual la



escritura supone un acto de autocreación. Sin embargo, siguiendo al crítico Loureriro entendemos el relato del madrileño no como una mera repetición y duplicación de una vida sino como escritura dotada de un carácter ético, discursivo, que pone énfasis en el otro. Esto es, *El amor del revés* supone un diálogo dirigido al otro que al mismo tiempo responde al yo- narrador. No se busca una respuesta, sino más bien el propio yo será la respuesta, por ello en esta obra prima la enunciación colectiva frente a la enunciación individual. García Martín narra sus vivencias, pero para el otro, como un acto ético con el que pretende un desdoblamiento de un sujeto que ha sufrido, y, a su vez con la intención de que la narración y el análisis de su vida sirvan como relato necesario y comprometido para los otros.

La etapa del desarrollo de la autobiografía que mayor actividad crítica ha presentado ha sido la que fue denominada por Olney como “autos”, en la que se establecía una relación entre el sujeto y el texto. Aquí entra en cuestionamiento la objetividad del texto narrativo para abrir paso al debate sobre la relación de veracidad presente en el texto. En este contexto cabe señalar la postura defendida por Loureiro, por el hecho de que propone la idea de que se crea un nuevo yo añadido a partir de la escritura. Así, lo que Gusdorf (1991: 9). pretendió fue establecer una concepción distinta de las relaciones establecidas entre el escritor y el texto incidiendo en la idea de que el sujeto se crea a sí mismo a través del proceso de escritura, por lo tanto, estamos ante un proceso y resultado de una identidad y no ante una mera reproducción del pasado.

Es decir, García Martín, a través de una mirada retrospectiva y general de toda su vida centrada en la opresión recibida por su condición sexual, se ve capaz de ordenar su presente sobre el pasado. Por ende, examina el pasado recuperando un significado diferente en el momento de la escritura y otorgándole una importancia que en su momento no tuvo. Esto indica que su obra no es una simple recuperación del pasado tal y como fue, más bien la recapitulación de lo vivido pretende valer por lo vivido en sí, sin embargo, no revela más que una figura imaginada, lejana ya y sin duda incompleta, porque el escritor, que recuerda su pasado, ya ha dejado de ser el hombre que era en ese pasado. Dicho de otra manera, los elementos que se toman de una experiencia vivida se escogen en el ‘aquí’ y ‘ahora’ y cobran un significado distinto al que tuvieron con anterioridad. Así se muestra una verdad en la que desde el presente el sujeto se intenta

construir como mejor se recuerda para poder finalmente dar un sentido a su existencia (Gusdorf, 1991: 12).

Si nos atenemos a la propuesta de interpretación como la de Lejeune y a la clásica definición que dio del género autobiográfico “relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad” (1994: 11), el autor del texto debe establecer un “contrato de lectura” lo cual hace que el lector adopte como verídico el texto que se le presenta. En este caso el propio García Martín firma su obra con su nombre al mismo tiempo que se reconoce como el protagonista con el objetivo de contar su verdad desde sus propias experiencias. Esta circunstancia sería realmente la que Lejeune considera fundamental para caracterizar, por su naturaleza pragmática, la autobiografía: “para que haya autobiografía...es necesario que coincidan la identidad del autor, la del narrador y la del personaje” (Pozuelo Yvancos, 2006: 28).

No obstante, el lector no puede saber con certeza cuándo se le están relatando hechos verídicos o falsos, por lo tanto, gran parte de su interpretación dependerá de su compromiso con el autor. Este compromiso resulta de la identificación del narrador que habla de sí mismo con quien firma el texto (Camarero, 2011: 12). La autobiografía sentimental del madrileño García Martín parte del contrato de lectura del que nos habla Lejeune (Loureiro, 1991: 4) cuando incide en la idea de que la verdad solamente podrá ser considerada como verdad desde la confianza que emane del lector, al mismo tiempo que cumple la función pragmática que diferencia la autobiografía del resto de los géneros literarios porque el autor, el narrador y el protagonista identifican a la misma persona. Con esto se pretende resaltar la sinceridad del autor, del que escribe.

Por ende, nuestro texto responde al carácter ético que Loureiro atribuye a la autobiografía, pues se entiende no como una mera suma de acontecimientos de la vida de una persona, en este caso la del filólogo García Martín, sino que su condición de homosexual va a intervenir como clave de la identidad que permitirá entender la autobiografía como un compromiso entre el autor y su sociedad (Loureiro, 2001: 37). Esta obra supone la narración de un camino de perfección que se elabora con el fin de quedar al descubierto, sin moralismos ni convencionalismos. Así nos adentramos en una moralidad desnuda de un adolescente que se siente diferente frente a las normas sociales

e intenta sobrevivir entre ellas. Sus páginas irradian una verdad, en muchos casos, dolorosa y lacerante en una búsqueda constante y tardía de la felicidad.

#### 4. FRONTERA DEL BINOMIO “SEXO” Y “GÉNERO” Y TEORÍA DE LA PERFORMATIVIDAD DE JUDITH BUTLER.

Muchas han sido las teorías acerca de los conceptos de ‘sexo’ y ‘género’, y, a su vez, han sido analizados desde diferentes disciplinas, entre ellas la medicina, la antropología o la psicología. El concepto de “género”, a raíz de los estudios feministas a lo largo de los años sesenta y, con el arraigamiento de disciplinas como la psicología y la antropología, se empezó a utilizar para referirse a una construcción cultural que depende de los roles establecidos por cada sociedad. Esto es, mientras el sexo supone un carácter estrictamente biológico, lo dado, aquello que no se puede elegir, el género abraza conceptos como la ‘orientación sexual’ o la ‘conducta sexual’. Este último parte de fenómenos como la educación, los estereotipos o la libertad de cada individuo para configurarse través de su experiencia lo construido (Marcuello, 1999: 464). De ahí deriva su carácter polisémico que incide en la dicotomía establecida de la diferencia biológica de los sexos.

Así pues, teóricas como Marta Lamas señalan que el género es un concepto propio y elemental de la construcción de la cultura (2000: 4-5). Con ello se incide en la idea de que incluye toda una serie de manifestaciones, prácticas sociales y psicológicas que se han ido desarrollando para definir lo que se supone que es propiamente masculino y lo que es propiamente femenino. El principal objetivo perseguido por esta nueva acepción permitió quebrar el anquilosamiento biológico que suponía la idea de que hombres y mujeres respondían a un rol social determinado.

Foucault, en su obra “La voluntad del saber”, discrepa sobre la naturalidad del sexo y observa que se trata de una construcción perteneciente al saber y poder. Es decir, tanto Foucault que habla sobre la construcción social de las categorías que revelan y exteriorizan la sexualidad y Beauvoir con su teoría del género (1969: 4) servirán para que posteriormente la filósofa Judith Butler remarque el carácter de una sociedad caracterizada por la diferenciación sexual y de género. No obstante, la filósofa estadounidense renovará y perfeccionará el asunto sobre cómo conceptualizar el género entendido como performatividad. Con su teoría de la performatividad, se proponía el

objetivo de romper con el concepto de género como algo que somos y vincularlo con algo que hacemos, para dar lugar a una regulación social del género que permitiera entender y comprender otras diversidades, como la homosexualidad de García Martín (Butler, 2007: 84).

Butler pretende visibilizar esta violencia de la heterosexualidad normativa y apuesta por reconocer la viabilidad y la legitimidad de las identidades de todo tipo y de las identidades que no se ajustan a los modelos como la homosexualidad. La performatividad del género está dentro de normas culturales que no se pueden transgredir de manera radical, sino que se pueden, sin embargo, subvertir mediante cambios en lo que significa ser hombre o ser mujer a partir de actos cotidianos (2007: 70-71).

Esto nos lleva a comprender actitudes como las del filólogo madrileño que le llevaron a la aceptación de la sumisión irreflexiva. Su historia nace con el objetivo de buscar una categoría que funcione fuera de una lógica binaria, heterosexual y heteronormativa y plantear la complementariedad natural entre hombres y mujeres:

Las mentiras que se repiten solo para que otros las escuchen acaban siendo creídas por la propia conciencia y empiezan a formar parte de nuestro temperamento o de nuestra biografía. Por eso no sé bien, desde hace mucho tiempo, quién soy realmente. O, mejor dicho, no sé quién habría llegado a ser si en todos aquellos años cardinales no hubiera tenido que mentir día tras día (García Martín, 2016: 39).

## 5. ANÁLISIS DE LA ESTRUCTURA NARRATIVA PROPUESTO POR GERÁRD GENETTE A LA NOVELA *EL AMOR DEL REVÉS*

La obra de un escritor se realiza con el encuentro que se establece entre el lector y dicha obra literaria. Si a las impresiones, emociones e intuiciones del lector le sumamos un método de análisis, la incursión y penetración en la obra no solo será irreflexiva y sagaz, sino al mismo tiempo reflexiva y absoluta. No obstante, el análisis de toda obra literaria puede afrontarse desde diversas perspectivas, por ende, son múltiples los métodos críticos a la hora de hacer frente a su estudio. En las siguientes líneas nos centraremos, sobre todo, en la crítica estructuralista, la cual incide en el código o en la lengua literaria, sin olvidar la contribución del lector (Selden, 1987: 45-50). Así, abordaremos las teorías que el teórico francés Gérard Genette elaboró para el análisis de la estructura narrativa de una obra literaria, con el objeto de su aplicación por nuestra parte a la obra *El amor del revés*.

Para este autor, una obra narrativa supone la transformación de una historia en un discurso, es decir, desde los hechos que se narran hasta el cómo se narran, mediante una estructura formal (Genette, 1972: 75). Analizando estos aspectos en la obra *El amor del revés* podemos decir que la historia está constituida por una serie de acontecimientos o hechos que ocurrieron en un tiempo y un lugar determinados. Es así como el objetivo de García Martín es contar su verdad, su historia, de manera que la distinción entre ficción y no ficción resulta evidente (Plaza, 1986: 345). En relación con lo no ficcional la obra está llena de nombres, fechas y acontecimientos que formarán el carácter y la conciencia de su autor. No obstante, en muchas ocasiones más que datos fidedignos, tenemos impresiones y sensaciones, dos ideas que no se asocian muy bien con el concepto de verdad:

Tenía envidia de la libertad que sentía en esa ciudad fría y desangelada. Durante un instante -una pulgada de tiempo- pensé que mi condena podría abolirse en París o en otra ciudad semejante; que podría amar a los monstruos, fornicar con ellos; reír sus bromas e ir envejeciendo con felicidad en un territorio completamente extranjero. Tal vez si contaba mi secreto en otro idioma no sería una traición (García Martín, 2016: 75).

Si nos remitimos al texto en general, vemos que García Martín se preocupa, en su mayoría, del mundo interior, y el mundo exterior lo emplea para poder describir y entender el sentimiento de culpabilidad que le habían generado. Es decir, habla de sí mismo, tal vez con el afán de entender el mundo que le rodea y así entenderse. El escritor reconstruye su vida, o parte de su vida, en la propia circunstancia en la cual fue vivida. Su centro de interés es el yo, no el mundo exterior, aunque necesariamente el mundo exterior debe aparecer para así, dando y tomando, la personalidad y encontrar su forma peculiar, sin olvidar la concordancia entre el yo escritor y el yo personaje. De esta manera, el cambio de la historia en discurso se apoya en tres aspectos que, unidos, constituyen la estructura formal de la obra: modalización, temporalización y espacialización,

Respecto a la temporalización, el tiempo narrativo caracteriza la posición temporal de la instancia narrativa con respecto a la historia que cuenta (Genette, 1972:71). Aquí hemos de diferenciar el tiempo de la historia frente al tiempo del discurso. Esto es, el tiempo de la historia de la autobiografía de García Martín sí que está mencionado de forma explícita ya que la historia comienza en el verano de 2010 con la conversación con el escritor Fernando Marías, y a continuación da paso su relato a 1977, a los quince años cuando tuvo la certeza definitiva de que era homosexual. De

esta forma, su historia acaba en 2006 cuando contrae matrimonio con su pareja actual. Las marcas temporales en la obra son constantes, fechas, lugares, acontecimientos, alusiones y permiten al receptor seguir un orden “el nueve de septiembre apunté en mi diario casi un mes después que tuve una larga conversación con Jesús” (2016: 96). Es decir, García Martín no tiene la intención de que lector complete la información. Así, llegamos a la conclusión de que el tiempo de la historia abarca, aproximadamente, los cuarenta años de vida del protagonista, que le interesa, además, conectarlo con el momento histórico que él vivió, es decir, final del franquismo, la transición y la democracia. Por ende, el tiempo del relato ha de organizarse de manera que condense en un número determinado de páginas esa amplia vida. La equivalencia entre los dos tiempos resulta difícil, pues siempre es mayor el tiempo de la historia que el del relato. Por ello, el autor consigue cierto equilibrio a través de las técnicas propuestas por el semiólogo francés: orden, duración y frecuencia.

García Martín es consciente de que se sitúa ante un relato fragmentado, es decir, ante una forma de anacronía, por ello diferencia entre el orden de la historia (lineal) y el orden del discurso (no lineal) (Genette, 1972: 72). En *El amor del revés* el relato se inicia con una temporalización anacrónica con la conversación en 2010 con el escritor Fernando Marías, es decir, con la evocación del pasado desde un presente: un narrador adulto evoca su vida desde los quince años, en 1977, hasta el momento de narrar. Una vez situado en la adolescencia, sigue, en general, un orden cronológico. Este recurso permite al escritor dar conciencia de que todavía perviven en el siglo XXI declaraciones arcaicas sobre las conductas sexuales desviadas de la ley de Dios. Así, el orden temporal de nuestra obra se presenta fragmentado ya desde el principio de su historia, donde el narrador utiliza la analepsis, para a continuación empezar a narrar su adolescencia “hoy, cuarenta años después de descubrir en mí esa naturaleza de insecto, sigo teniendo [...] las manchas de la vergüenza” (2016:126). Garrido señala (1996: 172) que resulta propio de las escrituras del yo autodiegéticas la naturaleza analéptica, donde el narrador recupera un pasado, por lo general muy alejado, gracias al poder actualizador de conciencia. Sin embargo, también podemos identificar algunos ejemplos de prolepsis que permite al lector conocer de ante mano uno de los libros que leía con entusiasmo donde se describían cuatro tipos de actos realizados por el hombre “en un libro del que hablaré más adelante [...] se explica con precisión que no todos los actos que realiza el hombre son humanos” (2016: 16).

Esto nos conduce a vincular nuestra obra con el tipo de narración “ulterior”, posición clásica del relato en pasado en vista de que nos narra su punto de vista desde su experiencia “pocas semanas después, en las vísperas del verano, comencé a enamorarme de uno de mis amigos. Se llamaba Jesús” (2016: 77). Sin embargo, Carrasco (1981: 10) señala que ello no excluye secuencias en las que el narrador expresa ideas o sentimientos actuales y en las que la narración deriva, como en los géneros fragmentarios, hacia la simultaneidad “a estas de mi vida aún no sé con exactitud qué es el amor, pero he aprendido a nombrarlo y a reconocer su sombra” (2016:18). Como podemos observar, García Martín establece una correspondencia global entre el tipo de narración y el tiempo verbal dominante de cada una de ellas.

En relación con el tipo de narración ulterior empleada por el filólogo en cuanto a la descripción de los acontecimientos se refiere, C. Bremond trabaja con lo que denomina “secuencia”. Así pues, el modelo triádico del semiólogo francés concibe el relato como un conjunto de secuencias, las cuales se combinan entre sí por simple continuidad, alternancia o enclave” (Garrido, 1996: 47). La continuidad o yuxtaposición de hechos es propio de los relatos autobiográficos, y así ocurre en la historia del madrileño, quien comprende que cualquier historia debe poder contarse en sesenta secuencias, las esenciales, las que determinan el rumbo de los acontecimientos, teniendo en cuenta que solo se guarda lo que fue memorable o terrible, lo que quedó marcado a fuego en el cerebro por alguna razón, por consiguiente “la tarea más importante de un guionista es tal vez elegir cuáles son esos momentos, saber separar el mineral de la ganga, descartar lo superfluo” (2016: 23). Lo que ocurre en las secuencias señaladas por Bremond es que, en determinadas ocasiones, la memoria hace siempre ese trabajo con los años de la infancia e incluso de la juventud y no se recuerdan los detalles de lo que ocurrió. Esto sucede cuando García Martín intenta reconstruir una escena en el campo de fútbol de su colegio con Miguel Ángel, compañero de clase y además primera persona de la que se enamora, y es que de repente todos se abalanzaron en torbellino, sin saber cómo ni por qué, encima de Miguel Ángel y su mano “buscó el bulto del sexo de Miguel Ángel y pasó sobre él con audacia” (2016: 23). Al mismo tiempo, el madrileño se cuestiona cuánto duraría su vida de aquellos años y cuánto tiempo quedaría, en una película, de esa edad silenciosa y escondida. Al fin y al cabo, reconoce que su libro es una secuencia de planos rápidos y mudos en el que no habría constancia de “ningún beso, ninguna caricia, ninguna palabra de amor” (2016: 46). El concepto de

secuencia del semiólogo aplicado en nuestro texto hace que se plantee y recuerde aquellos momentos memorables o reveladores, los momentos que auguraban algo o los que cambiaron el rumbo, para que así acabara fantaseando con un mundo venturoso.

En términos del estadounidense Norman Friedman lo importante de la trama de la obra de García Martín es la evolución y transformación del personaje protagonista (Garrido, 1996: 60). Esto es, nuestro autor siguiendo el postulado de la escuela americana, centra toda su historia en una transformación, de cucaracha a ser humano, es decir, adopta un signo positivo. Así, hablamos de una obra caracterizada por una trama denominada por Friedman como “intriga de revelación” en la que se muestra un proceso de progresivo autodescubrimiento del protagonista, en este caso, el del propio autor.

Esto nos conduce directamente a dos modalidades enunciativas fundamentales que Émile Benveniste denominó, relato y discurso. Esta distinción es interesante observarla debido a que *El amor del revés* se mueve entre el pasado y el presente, entre la subjetividad y la objetividad. Por lo tanto, en la distinción establecida entre relato y discurso, la obra de García Martín, por su esencia subjetiva, no puede ser interpretada sin acudir a la situación de enunciación. Efectivamente, todo discurso estará presente siempre y cuando aparezcan en escena lo que Benveniste acuñó como “conectores”, es decir, el filólogo en su obra hace uso de la primera persona del singular, emplea tiempos verbales que expresan una acción en curso, ya sea en presente o en pretérito perfecto, y adverbios deícticos (Carvajal, 2004:8-9). Ello nos lleva a entender que la heterogeneidad de la autobiografía del hispanista afecta a la forma textual, pero no a las modalidades de localización referencial pues “la presencia alternativa del yo-narrador y el yo-personaje no es más que el reflejo de la oscilación permanente entre la referencia anafórica y la referencia deíctica, que a su vez se articula sobre el tiempo verbal” (Fernández, 2015: 15). Por ende, la autobiografía del madrileño adopta la forma de relato cuando narra acontecimientos pasados “atribuía todos los males a quienes como yo sufrían de esos extravíos eróticos” (2016: 27) y la forma de discurso cuando emplea un tipo de narración simultáneo o intercalada “(2016: 39). No obstante, en la medida en que se sirve con mayor frecuencia de la narración ulterior, la autobiografía presenta, en principio, una preeminencia variable del relato sobre el discurso.

Por consiguiente, todo relato queda caracterizado por la duración que Genette la define como la relación entre el tiempo que duran los sucesos de la historia y la



extensión del texto. Somos conscientes de que resulta imposible medir la duración del relato, de ahí que hable de anisocronías, es decir, alteraciones de ritmo del texto (Genette, 1972: 81). Para ello, se señalarán las cuatro categorías de las que hará uso García Martín: la pausa descriptiva, la escena, el sumario y la elipsis. La primera de ellas la emplea en el texto donde no ocurre nada en cuanto a la acción, es meramente descriptivo. No obstante, esta forma máxima de deceleración la usa con una gran carga subjetiva para focalizar, por ejemplo, en la fama falsa de progresistas que tenían los clérigos del colegio religioso madrileño de Usera que hacían creer a los niños de doce años que la masturbación era una masacre. Esta técnica permite al lector conocer en profundidad la sensación que el adolescente tenía de aquellos que formaban parte de estas instituciones:

El aire, sin embargo, era fétido, aunque no tal vez tan fétido como en otros colegios semejantes. La mayoría de los clérigos que impartían clase vestían ropa civil con alzacuellos, pero había algunos tridentinos, casi siempre ancianos, que empleaban la sotana negra reglamentaria y lucían joyas atrabiliarias: un colgante del crucifijo hecho en marfil, un anillo de piedra reluciente, una estola bordada con hilo de oro en algún convento de clausura (2016: 14).

La escena, en cambio, supone la identidad entre el tiempo de la historia y el tiempo del relato. García Martín no tiene el interés de caracterizar a los personajes por lo que hablan, esto es, por sí mismos. El narrador ofrece al lector su visión, su perspectiva y trata de transmitirle la vivencia de esa atmósfera cargada de símbolos católicos y asfixia. Así, los diálogos son escasos en la obra y en realidad, son una continuación de la narración, de ahí su importancia. El uso reducido de estos permite al escritor enfatizar en el desconocimiento y el oscurantismo que había en la sociedad española en aquellos tiempos acerca de la homosexualidad, es decir, sus padres que no estaban afiliados con ideologías singulares y extravagantes eran capaces de creer que era un asesino antes de pensar que se sentía atraído por los hombres. Así las palabras puestas en boca de los padres del joven permiten al lector entender que la homosexualidad para aquella sociedad era una malformación, una anomalía biológica que no podía estar en un muchacho de aspecto normal que había sido criado en una familia de orden:

- ¿tienes problemas con las drogas? - preguntaba entonces mi padre-
- ¿Ha ocurrido algo en la universidad? ¿quieres dejar los estudios?
- ¿Es por nosotros? ¿estás disgustado por algo que hayamos hecho? (2016: 100)

Asimismo, el sumario se caracteriza por la compresión de los sucesos, es decir, no se describe lo que pasa en cada momento si no se resume brevemente una temporada

de horas, días, semanas o años (Genette, 1972: 83). En *El amor del revés* la narración procede con mayor rapidez que los hechos que suceden en la historia, es decir, su lectura puede realizarse en un día, pero su historia abarca toda una vida. El madrileño emplea este método en aquellas circunstancias o acontecimientos que son necesarios para comprender su historia, pero a su vez, no pretende detenerse en ellos lo suficiente puesto que no cobran un sentido de especial relevancia en relación con el objetivo del texto. Así sucede cuando a finales de 1997 comprende que no es necesario tener una pareja para ser feliz. Ello no quería decir que dejara de buscar pareja, pero empezó a hacerlo casi con aprensión, es decir, no quería verse enredado de nuevo en una relación que le trajera renuncias y conflictos. Así fue cuando conoció a Axier, y la historia de los dos se resumen en apenas dos párrafos, porque su objetivo era contar su proceso de descubrimiento, de cucaracha a ser humano, y para cuando conoció a su actual marido esa transformación ya había ocurrido, por lo tanto, incidir y ampliar estos hechos estarían fuera del objetivo del libro. Al fin y al cabo, estos sumarios hablan de modo concentrado de su vida después de su metamorfosis:

Lo dice la ley universal: cuando se deja de buscar algo empecinadamente, por fin se encuentra. En abril de 1998 conocí a Axier. En el año 2000 empezamos a vivir juntos en mi casa. En 2003 compramos una casa más grande y nos mudamos a ella. En 2006, cuando el Código Civil lo permitió, nos casamos (2016: 268).

Finalmente, la elipsis es el fenómeno contrario de la pausa descriptiva en el sentido de que se trata de la forma máxima de aceleración (Genette, 1972: 83). Es decir, GarcMartín en su texto pretende que determinado tiempo de la historia no se refleje en el relato puesto que la manera más rápida de contar algo es no contarlo. Por ello, abundan en la obra aquellas elipsis que determinan cuánto tiempo ha pasado, es decir, reconoce un lapso concreto “regresé a Madrid el 31 de agosto, con un brío reverdecido, pero el ánimo me duró pocas horas” (2016: 95). Como autobiografía que es tiene la intención de mostrar con la mayor exactitud y verosimilitud posible los hechos que le ocurrieron, por lo tanto, intenta mostrar de la forma más fehaciente posible los lugares, fechas, momentos que influyeron a la hora de forjar su identidad “en 1977 hice el juramento de silencio del que he hablado antes y en 1982 se rompió el hilo que lo sujetaba (2016: 34). En cambio, hay momentos en los que hace uso de la elipsis indeterminada y solamente llegamos a saber que pasó el tiempo “enseguida comencé a volverme heterosexual y se lo hice saber al psicólogo, que celebró el éxito de su terapia” (2016: 110). La técnica de la elipsis indeterminada parece emplearla, por ejemplo, con

el objetivo de mostrar a un joven que, a los veinte años, era capaz de creer sin asomo de vacilación que su sexualidad había cambiado en pocos meses gracias a la técnica del conductismo. Esto muestra que lo que le obsesionaba, más que la soledad íntima, era la reprobación social, el apartamiento de todos.

La teoría de los niveles narrativos de Gérard Genette intenta mostrar cómo se estructuran los diferentes actos enunciativos en el texto narrativo (1972: 89). El narrador de *El amor del revés* se sitúa como narrador, en el nivel autodiegético, y como personaje, en el nivel diegético o intradiegético debido a que el narrador está presente como personaje en la historia y, además, el narrador es héroe del relato. Así, el paradigma del estatuto del narrador empleado en la obra es el de extradiegético-homodiegético puesto que el narrador en primer grado relata su propia historia. No obstante, la razón que lleva al hispanista a esta elección deriva de la función testimonial que adopta este en su texto. En su libro, esta función está determinada por la orientación del narrador hacia sí mismo y da cuenta del grado de compromiso de este con la historia, de su relación afectiva, moral o intelectual con ella. Además de un mero testimonio, muestra el grado de precisión de sus recuerdos, y también los sentimientos que determinados episodios le suscitan. Por ende, lo que encontramos en su autobiografía es una focalización interna fija a causa de que los acontecimientos están mediados desde la perspectiva de un solo personaje, García Martín. Es decir, aquí se tiene en cuenta el punto de vista de identidad entre el escritor, personaje y lector. El autor deja entrar al lector en su mundo interior y le descubre sus sentimientos y emociones “me volví aprensivo y triste y dediqué más tiempo del que habría debido a pensar en los desvaríos de mi vejez” (2016: 250).

## 6. APROXIMACIÓN A LA HOMOSEXUALIDAD: UNA CUESTIÓN DE IDENTIDAD Y LIBERTAD EN *EL AMOR DEL REVÉS*.

La vuelta a la imagen de la *Metamorfosis* de Kafka en la autobiografía del escritor madrileño funciona como metáfora de su propio proceso para contarle al lector cómo ha sido su vida. Había nacido como una cucaracha, un insecto feo y repulsivo del que todo el mundo huía, y poco a poco a lo largo de su vida y, en su camino de perfección que siguió, acabó convirtiéndose en un ser humano, pasó de cucaracha a persona, fue una metamorfosis luminosa. De esta manera conocemos de primera mano a

García Martín, un adolescente que en 1977 a sus 15 años reconoce por primera vez que es homosexual al mismo tiempo que se jura a sí mismo que nadie lo sabría nunca.

El objetivo de contarnos su transformación es inversa a la de Gregorio Samsa: del niño que, educado en el catolicismo y en el peso del pecado, le pedía a Dios que le gustaran las chicas, al adulto y su matrimonio, en 2006, con un hombre. A sus quince años el joven reconoce que su identidad sexual no forma parte de una de las etapas de la vida, sino que efectivamente estaba condenado al fracaso porque el amor que sentía era un “amor del revés”. Educado bajo la religión católica, su infancia supuso un rezo constante a Dios para que le gustaran las mujeres, pero Dios no hizo caso a sus plegarias y aquel muchacho se prometió a sí mismo que nunca nadie sabría que era homosexual. Ahora bien, el madrileño no nació cucaracha, sino que se hizo cucaracha a causa de la intolerancia de una sociedad que marginaba a las minorías. De esta forma retrata la homosexualidad en la España de los años setenta y ochenta a partir de su situación personal, pero al mismo tiempo la retrata como una situación colectiva.

El filólogo es consciente de que muchos homosexuales se han suicidado por un sentimiento de culpa, de que muchos hombres están casados con mujeres a las que repudian y muchos que se han vuelto clínicamente locos a causa de las maldiciones y las burlas que sufrían cada día. Al mismo tiempo, hay hombres que se quedan sin trabajo e incluso son abandonados por su familia y amigos por una conducta sexual “desviada” de la ley de Dios. No obstante, García Martín afirma que él no se sitúa dentro de los casos anteriormente mencionados, y puede deducirse en gran parte porque su confesión fue mucho más tardía que la de otros homosexuales. Es consciente, siguiendo los patrones de normalidad establecidos, que la homosexualidad es un agravio y un desvío que debe ocultársela a los demás, y al mismo tiempo, tiene la obligación de aprender a vivir con esa culpa, de ir creando poco a poco un disfraz que le protegiera de la mirada de los otros “nadie me dio la espalda al enterarse de que estaba contagiado por la peste de la homosexualidad” (Martín, 2006:13).

A pesar de que con el tiempo logrará su propia “aceptación” el silencio será una premisa que acompañará a toda su historia a causa del miedo constante a ser rechazado y por la vergüenza que podría causar su condición en la familia, que acabaría dando lugar a su desprecio y abandono. Pierre Bourdieu (1998: 38) señala que el principio de masculinidad no necesitaba de justificación ni legitimación. Por ende, todas aquellas

conductas socialmente construidas que no permitieran la dominación del hombre quedaban aisladas en el silencio: “Jamás pensé en romper mi compromiso de silencio y en acercarme a alguien con la esperanza de ser amado” (2016:44).

Su primer amor fue Miguel Ángel, compañero de clase que era un gran amigo. Martín había oído hablar de amor muchas veces, pero no sabía reconocer sus hechuras. En aquel tiempo tardó en reconocer lo que era el amor, y un domingo de verano quedó con Miguel Ángel en la piscina del colegio para pasar la tarde juntos, pero en vano, permaneció allí hasta la hora del cierre con la esperanza de que apareciera en algún momento. Aquel día fue la primera vez que comprendió sin engaños la médula del amor, es decir, la primera vez que pronunció en voz alta su identidad sexual.

Sus padres eran católicos y creían que la forma de vida cristiana los llevaría a todos a la eternidad. Su madre se burlaba en cualquier circunstancia del papel sumiso de la mujer predicado en la época, y su padre hacía esfuerzos por educarlos con severidad doctrinal. Con ese fin compraron *La teología moral para seglares* y cada día leían juntos un epígrafe o un capítulo “sin embargo, yo, que estaba aterrorizado por el infierno y por los pecados empecé a leer en secreto los pasajes más carnales para tentar mi suerte” (2016: 27). En la obra se describían cuatro tipos de actos realizados por el hombre y García Martín se preguntaba si su amor hacia Miguel Ángel era un acto del hombre o un acto humano. En la respuesta a esas preguntas debería encontrarse la naturaleza de la enfermedad que le aquejaba y, con ella, si era posible, su remedio. Fue en aquellos días cuando comenzó a rezar para pedirle a Dios que le permitiera enamorarse de una chica. Además, en esta obra se atribuía todos los males a quienes como él sufrían de esos extravíos eróticos. De los diez pecados posibles, a nuestro protagonista solo le afectaban dos: la polución –masturbación solitaria- y la sodomía que era el concúbite carnal entre personas del mismo sexo. El segundo, el de la sodomía, era el que le atemorizaba, el que guiaba en aquellos tiempos todas sus pesadillas, pero *La teología moral para seglares* solo le dedicaba dos párrafos. Dos párrafos secos y austeros, casi fríos, que amenazaban incluso con la pena de muerte.

Alrededor de 1987 conoció a través de un anuncio por palabras a un chico de su edad que se llamaba Alfonso y que tenía graves trastornos emocionales. Su familia pertenecía al Opus Dei y condenaba radicalmente cualquier desviación de los afectos. Desde aquel momento se había visto forjado a reafirmar constantemente su virilidad con

gestos de macho vigoroso. Alfonso sabía ya que Dios no existía y que el amor simple no podía ser condenado por ninguna moral justa, pero a pesar de todos los esfuerzos racionales que hacía para vivir de acuerdo con esos principios, no lograba liberarse de los remordimientos y de los terrores.

Nuestro protagonista no acabó suicidándose, como Alfonso, pero aquella lectura comenzó a forjar los trastornos de carácter que ha tenido desde entonces: “Alfonso se ahorcó. Otros compañeros de viaje fueron volviéndose vesánicos [...] perdieron la posibilidad de tener una vida normal” (2016: 29-30). En aquella época también leía enciclopedias médicas y artículos divulgativos como *La medicina y la salud* publicada por Salvat en 1973. Ahí se explicaba que los seres humanos nacen siempre con la marca de la bisexualidad y que a medida que crecen van orientando su inclinación definitiva. Según esos estudios científicos, la mayoría de las personas atraviesan durante la pubertad una fase en la que se sienten atraídos por individuos de su mismo sexo sin que eso signifique que son homosexuales. El joven leía estas obras con consuelo y confiaba en que su caso fuera un ejemplo más del comportamiento confuso de la edad que se describía en ellos. En los últimos años de vida como explorador juvenil en los *boy scouts* se formaron varias parejas efímeras, la más perdurable la de Antonio y Gloria. Después del campamento siguió teniendo noticias de Antonio y pudo llegar a saber que era homosexual y que aquellos amores juveniles con Gloria eran falsos o forzados. Del mismo modo, el madrileño tentó fortuna con una chica que se llamaba Aurora: “lo que más me hizo sufrir fue comprobar una vez más que mi emoción era fingida” (2016: 33). A pesar del juramento de silencio que se hizo en 1977, este se rompió en 1982. No obstante, en esos cinco años no habló de sus sentimientos con nadie ni tuvo ninguna relación sexual. No lo hizo, en primer lugar, porque en ese tiempo, a finales de los años setenta, no era razonable creer que alguien cercano pudiera padecer la misma enfermedad, no había otros homosexuales en la vida corriente y en segundo lugar el terror, el miedo a la delación: “avergonzaría a mi familia, sería despreciado socialmente, me abandonarían todos y nunca llegaría a tener un instante de paz hasta la muerte” (2016:45).

De esta manera, lo que percibimos es una búsqueda constante de lo “normal”, de la masculinidad y virilidad que dio lugar al disfraz, a la máscara del homosexual por

miedo a que le descubrieran, pero sobre todo la máscara por antonomasia fue el silencio:

Cogía los vasos y las tazas con rudeza, controlando el dedo meñique para que no lo estirara con doncellería. Cruzaba las piernas poniendo el tobillo sobre el muslo contrario y apoyando la mano sobre la rodilla alzada. Me apretaba la bragueta con vulgaridad, sosteniendo los genitales con la mano abierta [...] a aquella edad me parecía que esa escabrosidad me daba la hombría (2016: 37).

El hecho de que durante el siglo XIX se creara una medicina de la sexualidad hizo que en la sociedad se estableciera un control social. García Martín vivió en una sociedad en la que algunos comportamientos eran considerados por la medicina psiquiátrica como “perversos”. En otras palabras, fue criado bajo una sociedad que había empezado mucho antes a estudiar la diversidad de los comportamientos sexuales para establecer un consenso en una conducta que fuera considerada normal. Por lo tanto, como señala el crítico Foucault (2009: 67), el interés de la medicina se centró, sobre todo, en la homosexualidad para mostrar las patologías que caracterizaban a los individuos como enfermos: “La homosexualidad, por tanto, era una aberración exótica sufrida por monstruos” (2016: 45)

La timidez, el retraimiento, la honestidad y pureza hacen que nazca la necesidad de nuestro protagonista de acudir a terapias de conversión de homosexuales con el fin de alejarse de la perversión. Esto dio lugar a que homosexualidad no se entendiera como una construcción ideológica sino más bien todas las disciplinas se formulaban como un intento de entender y explicar la homosexualidad desde el paradigma de la heterosexualidad dominante que siempre mostraba su respectivo privilegio frente al individuo homosexual: “Enseguida comencé a volverme heterosexual y se lo hice saber al psicólogo, que celebró el éxito de su terapia” (2016:110). Con el objetivo de plantear el dilema moral de la reeducación, el escritor, alude de forma metafórica, en el capítulo cuarto, a la película homónima de Stanley Kubrick “La naranja mecánica”. Es decir, siguiendo los postulados de la ciencia del siglo XIX y XX y las teorías de los conductistas, se cuestiona la legitimidad de manipular la conducta de una persona para obtener un bien social, en este caso cambiar el comportamiento humano de los homosexuales a través de estímulos o castigos.

Durante este proceso de conversión y confusión en lo que a su sexualidad se refiere, García Martín ingresó en la universidad, la cual supuso una transformación

completa de sus hábitos y mentalidad. Sin embargo, tampoco allí, en las aulas de Filología encontró a hombres que amaran a los hombres. La homosexualidad seguía siendo, desde cualquier posición ideológica, un trastorno. En el mismo colegio había un grupo de inspiración evangélica que se reunía para hacer catequesis neocristiana. En ese grupo es donde conoció a Jesús, más cercanamente, que en el último curso de colegio había sido su compañero de clase y que se convirtió en el amante doloroso por el que renunció al silencio. A su vez, en 1982 perdió la virginidad, que no había sido memorable ni placentera, pero “había desaparecido de repente alguna de esas piedras que tenía dentro del corazón” (2016: 71). Pocas semanas después, en las vísperas del verano, comenzó a enamorarse de uno de sus amigos: Jesús, que terminó admitiendo que era homosexual. En cambio, García Martín no le correspondió con su sinceridad y no le dijo que él también lo era:

Jesús no tenía paz de espíritu. Era, igual que yo, un ser atormentado que únicamente soñaba con llevar una vida sentimental ortodoxa y bendecida, con tener una novia respetable a la que llevar a casa los domingos después de la sesión de cine. No le gustaba su propia vida, se avergonzaba de ella [...] (2016:79).

A pesar de haber convivido con Jesús, ninguno de los dos fue capaz de hablar de sus sentimientos ni de su condición sexual con normalidad. Eran conversaciones banales sobre personajes ilustres homosexuales, que a su vez permitieron que nuestro protagonista comenzara a sentirse como un hombre nuevo, después de tantos años de ocultación. Aun así, seguimos bajo el mismo concepto, el miedo, el miedo que hace que no pueda romper con la barrera hacia la libertad “yo seguía sintiéndome una cucaracha, un enfermo, una criatura monstruosa que necesitaba vivir encerrada en cuevas para que la luz del sol no la desollara” (2016: 93). Sin embargo, ocurrió algo que el joven había temido durante toda su vida: Jesús habló con Ana, una de las chicas del grupo catequista, y le contó todo “el secreto que tan diligentemente yo había guardado durante muchos años se desbarató de golpe” (2016: 99).

Lo que sucede a continuación en la obra y a lo largo del siglo XX es la liberación y aceptación de los homosexuales en ámbitos como la medicina o la legislación. Es decir, a finales del siglo XIX se propuso la normativización de la heterosexualidad como modelo “constituyendo en la ‘homosexualidad’ [...] una forma anormal de la sexualidad que detonará la definición del ‘perverso’ [...]” (Martínez, Rodríguez y Vallejo, 2007: 5). Así, se fueron creando lugares de encuentro de



homosexuales que hicieron que se identificaran unos con los otros y pudieran alejarse del mundo adverso que los rodeaba para así no continuar unas normas que los cohibían y esto permitió, en cierto modo, la libertad de los grupos homosexuales (Mosse, 2000):

Fue entonces cuando empecé a ir a los urinarios. Los urinarios son el lugar más conocido de los encuentros homosexuales clandestinos [...] era el único sitio en el que podía ver a homosexuales sin que me confundieran con ellos (2016: 65).

Las sesiones conductistas fueron sustituidas por los anuncios por palabras, el sexo salvaje y atroz, el perderles miedo a los subterráneos luminosos de la noche, hasta entrar en el afecto, el cariño y el amor. En una de las revistas que compraba habitualmente, la tercera sección denominada “De tú a tú”, trataba de un consultorio sentimental donde los lectores escribían cartas contando sus problemas sexuales o emocionales y es que “en estas cartas, como he dicho, yo encontraba los primeros rastros en el mundo de mi propia enfermedad, las señales de que, a mi alrededor, escondidos, había otros hombres tocados por la peste. Otras cucarachas” (2016: 58).

En 1985 conoció a Agustín mediante un anuncio y García Martín le respondió dándole su dirección. Poco después de su historia con Agustín inició un proceso de industrialización del amor: tomó la decisión de contratar un apartado de correos para poder mantener correspondencia secreta sin limitaciones. En 1986 conoció al primer gran amor imaginario de su vida. Había terminado ya la carrera de filología y en la biblioteca conoció a Arturo, a la que acudía para estudiar. Arturo fue a la persona a la que más quiso en todos los años de su vida “fue un amor que, como Cortázar decía, se alimentó solo de hueco y se alzó en la nada” (2016: 159). Fue un proceso en el que aprendió que el amor era desleal, que no podía pervivir sin aliento “aquel era un amor puro, tenaz, magnánimo, abnegado. Un amor de Camelot. Y Camelot no existió jamás” (2016: 167). En 1986, poco después de confesarle a Arturo que estaba enamorado de él, conoció a Mario, que fue el primer amigo homosexual que tuvo “Gregorio Samsa necesitaba conocer a otras criaturas como él” (2016: 174). Poco después conocemos a Eduardo, su primer novio, pero la relación apenas duró cuatro meses. Reconoce no haber estado jamás enamorado de él “necesitaba tener una biografía, y no hay biografía sin amoríos” (2016: 182). Más adelante, comenzó un noviazgo con un chico que se llamaba Enrique, que también duró poco.

No obstante, a continuación, se comienza a observar una ruptura y la metamorfosis que pretende mostrar sus instintos más naturales cuando finalmente reconoce su identidad sexual a medida que va conociendo más sujetos que la comparten. Hemos visto a un adolescente enamorado y cómo a partir de los noviazgos, de su experiencia en los urinarios, de su encuentro con otros homosexuales, comprueba que los homosexuales no eran seres anormales ni monstruos. Pero al mismo tiempo tenía enfrente un conjunto de vidas tristes, solitarias, que dependían del hilo de la nada. Por consiguiente, comenzó el desnudamiento de la cucaracha. Lo que sigue en sus páginas es una suma de relaciones vacías, banales, tristes que, en su subconsciente, le permitían cierto grado de libertad e integración “yo seguía tan necesitado de afecto verdadero que bastaba con que se cumplieran las condiciones primarias” (2006: 139). Sin embargo, el miedo, el temor sigue presente en nuestro protagonista, pero es un miedo universal, empatizador y desgarradamente duro “seguía avergonzándome de mí mismo y seguía creyendo que había una impureza en mi conducta, pero me aterraba, sobre todo, la delación” (2006: 185). A medida que llegamos al final, en capítulos como “Los días felices” nos acercamos a la pérdida del miedo y comienza a tener una vida como la gente “normal”. El problema radica, como bien indica el escritor, en que muchas veces es tarde cuando uno se da cuenta de lo que tiene alrededor, y no haberlo aprovechado por haberse desarrollado en una sociedad, en palabras de Butler, heteropatriarcal (2007:299). Cuando todas sus vivencias van llegando al fin es cuando uno recapacita y es consciente de que las conductas externas y normativas han sido las que no le han permitido forjar su propia realidad “ahora que estoy en la vejez sigo creyendo que la única edad que tiene sentido existencial es la juventud” (2006: 205-206). Así nos acercamos al final de esta obra de descubrimiento y uno percibe que la felicidad es quebradiza y efímera, que los momentos joviales en la mayoría de las ocasiones conllevan cierta aflicción al igual que la magnitud de la pena es proporcional a la del deleite, así las pretensiones más fogosas suelen estar seguidas de desilusiones. El dolor siempre va a estar presente de una forma u otra y así nos lo hace saber Luisgé:

Yo ya no era el niño asustado que finge desinterés por el amor ni el muchacho silencioso que se aparta con excusas intelectuales de los demás para que no averigüen nada de su vida, de todo aquello me había quedado el miedo, el silencio, la mirada huidiza y la tristeza. La soberbia de la aflicción. Y el orgullo de seguir en pie, de reír como si supiera que no iba a morirme nunca. (2016: 223).

Toda su historia había sido creada por el fastidio del paso del tiempo, pero ahora llega el momento de creer en la posibilidad de un futuro, de una mirada no ya

retrocedida en el tiempo. Era el momento de sentirse orgulloso de su identidad, pero más que de eso de haber sobrevivido, de seguir teniendo sexualidad y de no sentir vergüenza. El hispanista es consciente de que de todo aquello de lo que le querían apartar era realmente por lo que merecía la pena luchar. Así, en 1998 conoció a Axier con el que posteriormente en 2006 se casaría. Apenas nos menciona algún dato sobre él, puesto que su importancia reside en que dejó atrás esa cucaracha para casarse con un hombre. Su desenlace es sin duda una maestría y es que como autobiografía que es no pretende desdibujar la realidad y uno debe ser consciente de que la vida, la vida de cada uno está llena de devenires, muchos de ellos injustos e imparables, y que lo único que nos queda es el momento, el ahora y que muchas veces, como dijo Pedro Salinas, el dolor, es la última forma de amar:

Mi madre me ha reprochado siempre que mis relatos y mis novelas acaben irremisiblemente mal: muertes, asesinatos, fracasos, desamores. Yo suelo responderle cada vez que la vida es así y que para mostrarla cabalmente es necesario el pesimismo narrativo. Resulta paradójico, ahora, que el único de mis libros que cuenta mi vida real tenga un final feliz. Aunque ningún final es feliz: si es feliz, no es todavía el final (2006: 272).

## 7. CONCLUSIONES

*El amor del revés* parece haber abierto camino hacia nuevos discursos como las narraciones en primera persona con el fin de no mostrar un sujeto estable y seguro, sino más bien, la fragmentación e inestabilidad de los sujetos y sucesos hace que puedan darse nuevas formas en las que predomina captar la atención de un lector lleno de estímulos y quehaceres. Con este objetivo García Martín se acerca a la autobiografía para reformular los moldes y entenderlo desde una perspectiva realista, ideológica, cuyo texto no es un simple diálogo entre el escritor y el lector, sino más bien un diálogo del autor con la realidad. El hispanista pretende indagar, observar y discutir desde una posición juiciosa la realidad que dificultó su desarrollo de identidad, y lo representa desde un acentuado conocimiento y posición ética que cuestiona toda una serie de convencionalismos éticos y morales “normativos” con los que pretende incomodar al lector para que le conmueva a la reflexión, al mismo tiempo que se trata de una cuestión de honestidad y valentía al poner al descubierto su más profunda sensibilidad.

El engaño, la apariencia, la ocultación, el sigilo, la intranquilidad de que alguien descubra su secreto, la certeza –revelada, aceptada– de que la homosexualidad es una

calamidad; las revistas porno, el vagabundeo por los urinarios...En otras palabras, el camino de madurez y perfección del autor hace parada en cada una de estas estaciones. Las de una vida donde las victorias se ganan a base de heridas y rasgaduras. Más que un libro sobre la homosexualidad se puede considerar una obra sobre el miedo a ser apartado, a ser humillado, sobre los amores imposibles y sobre la búsqueda del amor. Es un libro centrado en la soledad que se siente cuando se es diferente, cuando se es distinto y sobre esta sociedad que hemos construido basada en la intolerancia, el odio, la marginación del diferente y el extraño concepto que usamos de la “normalidad”. A lo largo de la obra uno se pregunta, al igual que García Martín, qué sería de él si no hubiera sido homosexual, si no hubiera tenido que fingir. La respuesta es que sería una persona completamente distinta, no habría tenido que luchar a contracorriente, ir construyendo en el sentido contrario la identidad que acabó edificando. Álvarez, siguiendo al filósofo francés Foucault, afirma que “si nos preguntamos sobre la legitimidad de la homosexualidad, también podríamos preguntarnos sobre la legitimidad de la heterosexualidad, sobre su invención y sobre los discursos que la construyeron e instalaron como realidad normativa” (2004: 5).

En sus páginas se observa que nuestro autor no podía considerar esta obra una novela ni un libro pudoroso. No podía ser una novela porque desvirtuaría la realidad y lo importante de este libro es que se supiera que estos hechos le habían ocurrido ciertamente a una persona real: al madrileño García Martín, heredero del carácter ético planteado por Loureiro por el diálogo con el otro. Y al mismo tiempo no podía ser pudoroso porque las medias tintas lo que hacen es desvanecer todo y llevarlo a la nada. Lo que sí que era importante era que los sentimientos fueran expuestos con absoluta sinceridad.

Lo que encontramos en esta obra es una realista confesión sobre el tortuoso y retorcido camino que recorrió hasta que se aceptó tal cual es. O dicho a su manera, hasta que dejó de ser una “cucaracha” y se convirtió en ser humano. Por eso hablamos de un libro confesional, en el que no podía ser pudoroso sino sincero, sin olvidar que uno de los grandes valores de la literatura es la sinceridad. La obra supone una suma de arrepentimientos y mentiras, pero el arrepentimiento por antonomasia que despliega de la misma es haber sido lo suficientemente débil y vulnerable como para aceptar lo que no debería haber aceptado, de haber perdido tantos años de su vida y de haber dejado

pasar tantas ocasiones de ser feliz. En cualquier caso, lo del arrepentimiento es una forma retórica de hablar porque en el fondo uno debería arrepentirse cuando cree que ha tenido la opción real de hacer otra cosa y, el filólogo, en su caso no tuvo la opción de haberla podido hacer. Más que un inventario de arrepentimientos es un arrepentimiento constante de las mentiras que aceptó con docilidad y sumisión. Desnudo y a la intemperie queda nuestro autor, sin el objetivo de mostrar su mejor parte, pero sí con intención de contar su verdad desde la más absoluta sinceridad. Quizá su postura se acerque a la de aquellos que conciben que la verdadera literatura comprometida sea aquella en la que el autor se compromete. En este caso, un adolescente madrileño, que podría encarnar la piel de cualquier otro ser homosexual, que bajó al infierno para luchar contra un mundo hostil y, sobre todo, para luchar contra su peor enemigo, el mismo, declarando, a día de hoy, su orgullo por haber sobrevivido. De esta valentía deriva el carácter necesario de la misma, porque *El amor del revés* es un libro necesario que nos refleja a todos y a una sociedad infestada de terror, aversión y convencionalismos. Tal vez debamos aproximarnos al texto de García Martín sin preconcepciones, partiendo de cero, o mejor, partiendo de las propias palabras de su autor que califica a tal texto de autobiografía sentimental y tratar de entender desde allí qué es, qué significa, qué importa dicha autobiografía cuyo título es *El amor del revés*.

## 8. BIBLIOGRAFÍA CITADA

BEAUVOIR, Simone, “*El segundo sexo*”, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1969, Traducción de Pablo Palant.

BOURDIEU, Pierre, “*La domination masculin*”, Paris, Seuil, 1998.

BUTLER, Judith, “*El género en disputa*”, Barcelona, Paidós, 2007.

CAMARERO, Jesús, “*Autobiografía. Escritura y existencia*”, Barcelona, Anthropos, 2011.

CARRASCO, Iván, “Análisis de la narración literaria según Gérard Genette”, Documentos Lingüísticos y Literarios, N° 7. Valdivia: Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Austral de Chile, 1981, pp. 8-15. [www.humanidades.uach.cl/documentos\\_linguisticos/document.php?id=228](http://www.humanidades.uach.cl/documentos_linguisticos/document.php?id=228) (4-05-2018).

- CUASANTE FERNÁNDEZ, Elena, “Tiempo de la narración y niveles narrativos en la literatura autobiográfica”, *Alpha*, nº40 Osorno, Universidad de Cádiz, 2015, pp.9-20. [https://scielo.conicyt.cl/pdf/alpha/n40/art\\_02.pdf](https://scielo.conicyt.cl/pdf/alpha/n40/art_02.pdf) (07-05-2018).
- FOUCAULT, Michel, “*La voluntad del saber*”, Madrid, Siglo XXI, 2009
- GARRIDO DOMÍNGUEZ, Miguel Ángel, “*El texto narrativo*”, Madrid, Síntesis, 1996.
- GENETTE, Gérard: “*Discours du récit*”, Figures III. París, Editions du Seuil, 1972, 286pp. (vid. esp. “Introducción”, pp. 71-76 y “Voix”, pp. 225-267; las citas de “Voix” se hacen por la traducción de Ramón Suárez).
- Gusdorf, Georges, "Condiciones y límites de la autobiografía", La autobiografía y sus problemas teóricos. Barcelona: *Suplementos Antropos*. N. 29, 1991.
- LAMAS, Marta, “Diferencias de sexo, género y diferencia sexual”, *Cuicuilco*, vol. 7, núm, 2000, Escuela Nacional de Antropología e Historia Distrito Federal, México. <http://www.redalyc.org/pdf/351/35101807.pdf> (09-11-2017).
- LEJEUNE, Philippe, “*El pacto autobiográfico y otros estudios*”, Madrid: Megazul – Endymion, 1994.
- LIANSHENKO, Iryna, “Wilhelm Dilthey: Understanding the Human World” *Philosophy and Cosmology*, Volume 20, pp. 163-169, 2018. [http://ispcjournal.org/journals/201720/Philosophy\\_and\\_Cosmology\\_vol\\_20\\_Lia\\_shenko.pdf](http://ispcjournal.org/journals/201720/Philosophy_and_Cosmology_vol_20_Lia_shenko.pdf) (02-02-2018).
- LOUREIRO, Ángel, “Problemas teóricos de la Autobiografía”, La autobiografía y sus problemas teóricos. *Suplementos Anthropos*, 125 (9), pp. 2-8, 1991.
- LOUREIRO, Miguel Ángel, “Autobiografía: el rehén singular y la oreja invisible”, *Anales de Literatura Española*. Nº14, pp. 135-150, 2000-2001.
- MARCUELLO, Ana Carmen, “Sexo, género, identidad sexual y sus patologías”, *Cuadernos de Bioética*, Facultad de Derecho, Universidad de Zaragoza, Vol. 10, Nº39, pp. 459-477, 1999.
- MARTÍN, Luisgé, “*El amor del revés*”, Barcelona, Anagrama, 2016.
- MARTÍNEZ ELÍAS, Luis Emerson, et.al, “La construcción de la identidad homosexual masculina: estudio de casos desde el modelo de la narrativa”, Facultad de Psicología-XalapaUniversidad Veracruzana, 2007.
- MOSSE, GEORGE, “*La Imagen del hombre. La creación de la moderna masculinidad*”, Madrid, Talasa, 2000.

- OLNEY, Jamnes, “Algunas versiones del bios: la ontología de la autobiografía”, La autobiografía y sus problemas teóricos. *Suplementos Anthropos*, 125 (9), pp. 33-46, 1991.
- PLAZA, Sixto, “*Coto vedado*, ¿autobiografía o novela? Edición digital a partir de *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas 18-23 agosto 1986. Volumen II*, Berlín, Frankfurt am Main, Vervuert, 1989, pp. 345-350. [http://www.google.com/url?sa=t&ret=j&q=&esrc=s&source=web&cd=2&ved=2ahUKEwjvhp3nyKPdAhVCzBoKHbR3Da8QFjABegQICRAC&url=http%3A%2F%2Fwww.cervantesvirtual.com%2FdescargaPdf%2Fcoto-vedado-autobiografia-o-novela-%2F&usg=AOvVaw2ZvAJ\\_fl4ZV1cZ8N\\_dgMo2](http://www.google.com/url?sa=t&ret=j&q=&esrc=s&source=web&cd=2&ved=2ahUKEwjvhp3nyKPdAhVCzBoKHbR3Da8QFjABegQICRAC&url=http%3A%2F%2Fwww.cervantesvirtual.com%2FdescargaPdf%2Fcoto-vedado-autobiografia-o-novela-%2F&usg=AOvVaw2ZvAJ_fl4ZV1cZ8N_dgMo2) (12-06-2018).
- POZUELO YVANCOS, José María, “*De la autobiografía*”, Barcelona, Crítica, 2006.
- RIVIÉRE JOAN et al, “*La feminidad como máscara*”, Barcelona, Tusquets, 1979.
- SCARANO, Laura, “El sujeto autobiográfico y su diáspora: protocolos de lectura”, en *Orbis Tertius*, Revista de Teoría y Crítica literaria N°4. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Año II, N°4, pp. 151-168, 1997.
- SELDEN, Raman, “*La teoría literaria contemporánea*”, trad. Juan Gabriel López Guix, Barcelona, Ariel, 1987.

## ANEXO A. ENTREVISTA A GARCÍA MARTÍN

Nombre institución: TRABAJO FIN DE GRADO		
Nombre Entrevistado: GARCÍA MARTÍN	Género: masculino	Hora: 13:00
Entrevistan: JULEN LÓPEZ PEÑA		
Descripción general de la entrevista: <i>EL AMOR DEL REVÉS</i>		
Lugar de la entrevista: Librería Tipos Infames, Madrid		
Fecha de la entrevista: 7 de julio de 2018		
<b>Resumen:</b> La siguiente entrevista tiene el objeto de conocer de primera mano las sensaciones y las circunstancias que le llevaron a nuestro autor a escribir su obra, al mismo tiempo que nos permitirá solventar aquellas dudas que fueron surgiendo a lo largo del estudio de su obra.		

### ¿Lo que encontramos en *El amor del revés*, es todo real?

Todo, excepto algún nombre y alguna fecha todo es real. Hay un nombre de una persona que me pidió expresamente que lo ocultara, que creo que se llama Mario en la novela, y que no se llama Mario en la realidad, cuyo nombre además era Arturo, con lo cual me venía bien el cambio porque hay otro Arturo en el libro que podría haber llevado a la confusión.

### ¿Eras consciente de lo que ibas a escribir, que ibas a contar tu historia al otro?

En un libro al final no estás viendo un rostro, aunque es verdad que me proyectó. En esto soy bastante inconsciente, inconsciente en el sentido de imprudente. No creo que sea valentía, es una cuestión de que yo creo que hay cosas que solo se pueden hacer desde la honestidad y la naturalidad. No tendría ningún sentido que hubiera escrito un libro descafeinado. La alternativa era no hacerlo, pero si lo haces se debe hacer desde lo más profundo. Es verdad, que aunque pueda parecer lo contrario, no es lo mismo contarle a alguien desconocido cara a cara mi historia que eso sí que no sabría hacerlo. Si no llega a estar ese libro y nos conocemos y te cuento este libro, no sé si sabría hacerlo. Me produciría bastante vergüenza, la verdad. Al lector que va a comprar el libro no le pones cara, como mucho se me han pasado por la cabeza algunas personas concretas que aparecen en el libro o gente de mi familia, y pensaba: qué pensarán. Pero luego, que el lector o tú, que no tenía conocimiento sobre ti, que vives en Vitoria, leas mi historia y encuentres mi alma más desnuda, no me produce, a priori, vergüenza. No es nada malo, es mi verdad, mi historia. Es verdad que alguna cosa mala sí que hay. Pero por lo demás no me da vergüenza.

### ¿Hay alguna situación del libro por la que sientas realmente vergüenza que el lector pueda conocer de ti?



Me da mucha vergüenza cuando cuento que he ido a que me echaran las cartas del tarot ya que no creo nada en ellas. En cambio, a quien crea en ello no le dará vergüenza. No me acuerdo si me acertaron algo o no, creo que algo sí. Lo tengo en el diario escrito, y lo cuento en el libro. Me acertaron una o dos veces, que además era en un sitio público y eso me daba menos vergüenza porque iba con amigos. Lo curioso fue que me acertaron que era gay porque salían tres reyes. Pero era evidente porque iba con dos amigos, en una vía pública, entre otras cosas. Aunque ahora que lo pienso tampoco era tan evidente porque éramos tres gays muy “armarizados” con camisa y vaqueros, pero podía jugar con la ambigüedad. El resto de las cosas que dijeron no me acuerdo. A veces son buenos psicólogos y te llevan a conclusiones equívocas. Lo que te queda marcado de aquella situación fue realmente lo que era cierto.

**¿En qué momento de tu vida te encontrabas cuando decidiste escribir esta autobiografía?**

Es una especie de evolución casi idiomática. Es decir, yo después de todo eso, ese libro acaba realmente en el año 1998, que es cuando conozco a mi marido. Luego, el cierre y la boda, que es mucho después, ocho años exactamente, no cuento nada de la boda sino que la utilizo como símbolo del cierre del libro, es decir, la evolución de la que habla el libro acaba en 1998. Entonces, durante muchos años yo sabía que esta historia la tenía que contar porque estaba ya todo superado y no había ninguna cicatriz aparente, y además era consciente de que esta historia era la historia de muchos adolescentes, y que sigue siéndola.

**En curioso, porque hablas de tu identidad sexual como una enfermedad, como si fueras una cucaracha**

Era la sensación que tenía, pero no solo mi sensación. Es verdad que hubo gente que la vivió con mucha más naturalidad y con mucha más libertad encerrada en espacios reducidos, pero sostengo que es una minoría y en cualquier caso da igual las proporciones. Lo que sí es evidente es que había muchísima gente que yo he ido conociendo que lo vivíamos como una aberración, una enfermedad. Esta concepción de la homosexualidad como enfermedad no solo ocurrió en Madrid, sino que se dio a nivel mundial. Hasta principios de los noventa no se empieza a tener una masificación política.

**¿Tu familia también tenía la misma concepción sobre la homosexualidad?**

Mis padres no eran especialmente beligerantes con la homosexualidad porque les parecía que era una cosa marcial, es decir, no consideraban que hubiera ninguna posibilidad ni ningún riesgo de que alguien como yo, que había sido educado en una familia normal, fuera homosexual. Lo que era la vida cotidiana del país, la homosexualidad era una cosa que se ocultaba o que si se estaba hablando en serio porque se conocía a alguien que fuera homosexual, aunque era una cosa rara, porque se ocultaba en las familias. Es decir, se sospechaba de que alguien, como el primo del primo del primo fuera homosexual porque no se había casado nunca. Tendría que ser

alguien muy lejano, porque un familiar cercano jamás era considerado homosexual. Y cuando se hablaba de la homosexualidad en esos términos serios se hablaba como algo grave.

### **En el libro reconoces que se trataba de algo pasajero...**

Sí, y eso yo creo que sigue pasando. Cuando un adolescente con 14 años empieza a descubrir la sexualidad y de repente se da cuenta de que por lógica le tienen que gustar las mujeres, pero se siente a la inversa y empieza a sentir que le gustan los hombres, creo que la primera fase siempre es esta. Es verdad que hay documentación científica y médica que dice que sí que hay una especie de ambigüedad y que todos nacemos bisexualidad, aunque eso está por ver.

### **Es curioso como de repente, a tus 15 años reconoces y te das cuenta de que eres homosexual, ¿antes no te habías dado cuenta?**

Sí, claro. La historia es que yo antes de los quince años sabía que me gustaban los chicos, pero me contaba a mí toda una serie de películas para engañarme y me hacía creer que aquellas fijaciones en hombres eran sensaciones pasajeras. Leí una enciclopedia médica que tenía en casa, *La medicina y la salud*, en la que se explicaba la bisexualidad y que la sexualidad pasa por distintas fases. Entonces yo me contaba a mí mismo que realmente estaba dentro de una de esas fases. Lo que ocurre a los quince años es que ya me enamoro y ahí es donde se acaba la duda porque el resto, las atracciones sexuales son mucho más fugaces, incluso cuando era un compañero de clase. Yo aquello lo vivía con una cierta angustia, con la esperanza de que aquello fuera normal, que entrara en el proceso de la educación sexual de cualquier persona. Cuando ya me doy cuenta de que no es así, sino que soy homosexual porque me enamoro, reconozco que ya no es una fase y que no puedo seguir engañándome. Reconozco que es una realidad y además obsesiva como todos los amores primeros.

### **¿A día de hoy te acuerdas de ese primer amor?**

Me acuerdo perfectamente. Cuando digo perfectamente es con alguna laguna de por medio. De hecho, contacté con este chico a través de las redes sociales cuando escribí el libro y se quedó en *shock*. Por ejemplo, ese episodio erótico del que hablo ahí me acuerdo muchísimo más que de otros hombres con los que he intimado. Sin embargo, ese simple toqueteo por encima del pantalón lo recuerdo mucho más y me dejó huella.

### **Es curioso el tiempo que dedicas a hablar de amores pasajeros, en cambio, el espacio que dedicas al hombre con el que te casas es mínimo...**

Eso es verdad y me lo ha dicho mucha gente. Le conozco en 1998 y me caso en 2006. El único sentido es que el *Amor del revés* quiere contar el proceso de la transformación de la cucaracha en ser humano. Axier, mi marido que es vasco de Bilbao, supone el fin. Cuando yo conozco a Axier ya se acaba el cuento, entonces el haberlo prolongado, que podía haberlo prolongado, supondría otro libro, sería un pegote sin ningún sentido. Lo que nos ocurre a Axier y a mí del 98 al 2006 sinceramente estaba bastante lejos de lo

que yo quería contar en el libro. El proceso duro y suave ya lo había pasado, es decir, siguiendo la simbología de la novela ya era un ser humano. Esta es la razón, es decir, la historia de Axier, era otro libro y no era lo que quería proyectar en esta obra.

### **En el primer momento que confiesas que eres homosexual, te juras que no se lo vas a decir a nadie**

Yo sentía que ser homosexual era una cosa extraña, diferente y que no podía decírselo a mis padres. Pero no podía liberarme de ello. En el colegio, formaba parte del lado de los “empollones” de clase más que de los “machitos”, además no tenía novia y eso hacía que pensara que mis padres podían darse cuenta de mi identidad por eso tenía la necesidad de mentir.

### **Y el paso por la universidad, ¿fue el mismo?**

En la universidad son diferentes las cosas. En el verano de segundo de carrera me vuelvo a enamorar y yo ya empiezo “a salir del armario”. Todavía no encuentro a ningún homosexual con el que poder compartir mis miedos e inquietudes, pero será entonces cuando aparezca Jesús.

### **¿Tu primer novio fue Eduardo, verdad?**

Sí, pero duro nada y además no estuve enamorado. Quise estarlo, hice todos los esfuerzos para estar enamorado, pero no pudo ser. Yo no sé si eso sigue ocurriendo, pero creo que sí. Conoces a alguien, además en el caso de los homosexuales en aquella época era más difícil conocer a alguien con la misma identidad, te cuadra, te gusta, encaja un poco todo y entonces sientes que estás enamorado. Pero luego te das cuenta de que eso no es real.

### **¿Cómo fue tu experiencia con las terapias de conversión?**

La semana pasada acaban de prohibir en Reino Unido las terapias de conversión. En teoría se está luchando para que haya una directiva que lo prohíba, pero sigue habiendo muchos países donde eso está vigente. Yo reconozco y además lo digo en el libro, que los psicólogos a los que acudo, que no me acuerdo ni de sus nombres ni de quienes me lo recomendaron, eran modernos y desde el principio me hicieron saber que la homosexualidad no era un problema, pero que si me suponía un problema de vida ellos me prometieron que me ayudarían. Sinceramente, no sirvió de nada. Visto de lejos, creo que es una de las partes del libro más graciosas, porque estas terapias en casa, escuchando música mientras ves pornografía masculina y a la inversa, son tan absurdas que resultan graciosas. Yo no viví aquello como algo terrible. Yo recuerdo el día que me hicieron vomitar en la consulta mientras fumaba, a través de establecer asociaciones negativas, ese momento lo recuerdo, pero el resto lo recuerdo como diversión. Lo terrible es la angustia, el miedo, la soledad que yo sufrí para tomar la decisión de acudir a estas terapias. Yo fui porque el chico del que me había enamorado, y que psicológicamente estaba peor que yo había estado allí. Pero yo creo que es la única persona que he conocido que, personalmente, haya acudido a este tipo de terapias.

### **¿Qué tal fue tu experiencia con las cartas que escribías en el periódico?**

Lo que cuenta *el amor del revés* es una especie de proceso en grados en el que se van dando pasos pequeños que al final acaban siendo los más pequeños los más rápidos y grandes que acaban siendo el proceso total. El hecho de que yo, quitando a Jesús, que lo había conocido porque era mi compañero de clase, a través de esta vía tan ridícula empiece a conocer a gente “normal” y al encontrarme con ellos y ver que no son degenerados y observar que compartíamos la misma sexualidad hizo que cada vez fuera viendo la identidad homosexualidad con mayor normalidad. El miedo era encontrarme con gente depravada. Al final es una profecía que se cumple, es decir, si se somete a un grupo a la marginación más absoluta, es lógico que acaben trastornados. Por eso, muchas veces me pregunto cómo he acabado siendo tan normal (risas).

### **¿La primera confesión sobre tu homosexualidad fue a Jesús, verdad?**

Sí. Me enamoré de él, mucho. Pero de la persona que más me he enamorado ha sido de Arturo. Como nunca hubo roce se trata de amores indestructibles. Son amores que se alimentan de ellos solos y nunca tienen freno. Son amores irreales. Cuando digo que ha sido de la persona que más enamorado he estado me refiero a que fue una obsesión que se mantuvo, una sublimación de todo lo que puede ocurrir. Evidentemente no tiene nada que ver lo que sentía hacia el que lo que siento por mi marido. En el caso de Jesús, que tampoco fue nada porque nunca hubo nada, pero sí que fue la primera persona real de la que yo me enamoré. Era amigo mío con el que vi por primera vez la posibilidad de que nunca había imaginado como real pudiera ser real. Es decir, estaba todavía en la época del juramento prolongado y por lo tanto nunca nadie sabría mi secreto, pero en aquel momento empiezan las cosas a cambiar porque la naturaleza me pide algo más, no por lujuria, sino porque de alguna manera interviene el primer amor. Entonces, en ese cruce yo sí creo por primera vez que puedo ser correspondido. Evidentemente, no solamente no soy correspondido sino que es la persona más tóxica de mi vida. En mi caso no es la persona de la que mayor recuerdo tengo. Yo a Jesús le seguí viendo hasta hace prácticamente tres años. Nos veíamos con una cierta regularidad, a pesar de que era una persona tóxica para mí. Seguía quedando con él por el vínculo tan fuerte que nos unía, habíamos compartido toda la vida no solo ese episodio. Éramos muy amigos, además con Jesús fue con quien empecé ya, de una manera más intensa, a salir por el ambiente. Luego, cuando nos dejamos de ver durante un tiempo, volvimos a vernos, por azar.

### **¿Esta relación con Jesús crees, de forma inconsciente, te afecta todavía?**

Sí, yo creo que esto es uno de los residuos que quedan de aquellos años. Es decir, mi mal temperamento, mi carácter un poco insufrible. Me considero buena gente, soy buen amigo y buen compañero de trabajo. Yo creo que mi caso tiene que ver con aquellos años de soledad.

**En el libro dices que “Solo a lo largo de una vez en mi vida el suicidio fue una tentación verdadera...”**

Sí, ¿qué te parece mucho o poco? (RISAS). No es algo tan extraño. Es duro llegar a ese punto. Hay cosas que la tecnología nos impide entender ya del todo. Esa sensación de estar geográficamente aislado, solo conectado, como yo cuento, cuando hice una llamada a mi amiga Covadonga, para contarle nada sinceramente, sí le conté lo que pasó y luego ya el fin. Probablemente, si yo en ese momento hubiera tenido un Whassup o internet, no te digo que eso hubiera cambiado radicalmente, pero esa sensación de aislamiento desaparece un poco y además aumenta la sensación de distracción que uno tiene de las cosas, y aun así hay gente que se suicida. Pero sí, aquel momento fue un momento duro. Tampoco fue llevado al extremo, es decir, no estuve a punto de suicidarme, es decir, entraba como posibilidad real. Fue el único momento de vida en el que fue una tentación verdadero, el resto han sido dramatizaciones exageradas.

### **En libro escribes que “Arturo fue a la persona que más quisiste en tu vida”**

Este Arturo fue un amor hueco, de la absoluta nada, por fortuna fue de la nada.

### **¿Cómo era el mundo de la noche madrileña, de los urinarios?**

Los urinarios y la noche en el fondo son dos cosas distintas. Los urinarios son una cosa bastante más sórdida, solitaria. Además los urinarios y yo tampoco nos hemos llevado nunca demasiado bien. Pocas veces mantuve relaciones sexuales ahí dentro. En cambio, los cines eran mucho más eficaces. El mundo de la noche, por ejemplo, sí que fue relevante para mí. Hubo dos o tres años muy intensos en los que prácticamente salía de fiesta todos los días de la semana. En los que además teníamos barra libre casi en todos los lados e íbamos conociendo mucha gente. Vivíamos en la noche, que por un lado tenía una parte adolescente, aunque ya no era un adolescente, pero era adolescente emocionalmente, y por otro lado, la noche es el territorio en el que vives todo de una manera más intensa, que eres capaz de proyectar los sueños de una manera más continuada. Yo, que tampoco ligaba mucho, cada noche salía convencido de que iba a encontrar, convencido es una forma de hablar, el amor de mi vida. Pero evidentemente no fue así.

### **¿Enamorar, lo que se dice enamorar, cuántas veces te has enamorado en tu vida?**

Cinco. Una de Miguel Ángel, el niño del colegio, otra de Jesús, la tercera de Arturo. Aunque ahora que lo pienso fueron seis: Miguel Ángel, Jesús, Arturo, Antonio, Javi y Axier. En la obra no meto a Miguel Ángel. Distingo entre enamorarme y amar. Enamorarme es verdad que me he enamorado de más gente. Muchas veces digo: me acabo de enamorar. Sí que ha habido momentos en los que coincides varias veces con alguien que te deslumbra un poco, y eso es el enamoramiento, que tampoco tiene nada del otro mundo. Pero amar, amar eso tiene ya una voluntad, aunque sea absolutamente frustrante, de convivir, de compartir la vida. Muchas veces se convierte en algo obsesivo, incontrolable. Con los años creo, por fortuna, se va perdiendo. Antes me enamoraba con una cierta regularidad, y ahora, a pesar de que tengo pareja y la evolución de la pareja va evolucionando con los años, no ocurre igual. Pero la capacidad de enamoramiento sigue intacta.

